EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL NOVIO DE LA NIÑA,

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO.

MADRID.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1871.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRÄS

N.º de la procedencia
1756

EL NOVIO DE LA NIÑA.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante contratos internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo,* son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

EL NOVIO DE LA NIÑA,

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. TRINIDAD ACEVES Y LOREDO.

Escrito expresamente para la Sociedad lírico-dramática sevillana LA AFICION, y representado en su teatro en la noche del 7 de Enero de 1871.

SEVILLA.

FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª, Impresores de los Señores Duques de Montpensier, calle de Tetuan, núm. 24.

1871.

721560

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elnoviodelaniaju00acev

AL DISTINGUIDO POETA

SR. D. JOSÉ VELAZQUEZ Y SANCHEZ,

DEDICA ESTE HUMILDE TRABAJO EN PRUEBA
DE ADMIRACION Y DE APRECIO,

El Autor.

REPARTIMIENTO.

RAMONA.	SRTA. D.ª AMPARO PEÑARANDA.
ADELA	» D.ª AMALIA GONZALEZ.
JUANA	» D.ª CARMEN MATEOS.
RAMON	SR. D. TRINIDAD ACEVES.
ALFREDO	» D. MANUEL ROJAS.
MANUEL.	» D. NICOLÁS FRANCONETTI.

La escena pasa en Sevilla.—Época actual.

ACTO ÚNICO.

Sala con puertas al foro y laterales.—Sillas, velador, una butaca, consola al foro, con espejo. Floreros y adornos sobre la mesa.

ESCENA PRIMERA.

RAMON, sentado en la butaca, leyendo un periódico. RAMONA y JUANA, limpiando con plumeros el polvo á los muebles de la habitacion.

RAMONA. ¿Has limpiado yá esta silla?
JUANA. ¡Dále!... ¿No lo ha visto usted?
RAMONA. Nó señora. Aún está sucia;
vuelve á limpiarla otra vez.
¡Tiene una cuarta de polvo!...
JUANA. ¡Ay, Jesus, qué pesadez!...
Parece que aquí esta tarde
se vá á recibir al rey,
con tanto preparativo
y tanto fastidio....
RAMONA. ¿Qué?
¿Yá estás otra vez rezando?
JUANA. Estoy rezando otra vez.
Sí. ¿Qué tenemos con eso?
¡Bah!...
RAMONA. Lo que tenemos es
que eres una deslenguada
y que yo te enseñaré
á no contestarme así
de ese modo tan soez.
¡Vaya, y qué desvergonzada
que se ha vuelto su merced!...
JUANA. ¡Pues si es verdad! Si está limpia
y usted se ha empeñado en que....
RAMONA. ¡Ea! Se acabó la cuestion.
Véte en seguida á barrer
la antesala y á limpiarla,
que miéntras yo acabaré

de arreglar estos sillones.

JUANA. Vaya con....

RAMONA. ¡Por vida de...!
¿No he dicho que se acabó,
ó hablo quizás en inglés?
Aquí le toca á usted sólo
callarse y obedecer. *(Váse Juana.)*

ESCENA II.

RAMONA y RAMON.

RAMONA. Quita, que voy á limpiar
la butaca.... *(No hace caso.)* Quítate.

RAMON. *(Leyendo.)* Madrid veinte. Los hulanos
han dado una carga ayer....

RAMONA. ¿Quieres dejarte de hulanos
ahora? ¡Le parece á usted....
que son yá las seis y cuarto
y á las seis llegaba el tren
y está todavía la sala...!
¡Ea.... quita...!

RAMON. Pero mujer,
¿qué demonios tienes hoy,
que te ha dado por barrer
y quitar á todo el polvo?
Pues entónces ¿para qué
tienes ahí la criada?
Vamos, vamos, déjate
de tonterías. Yá sabes
que no me gusta que estés
todo el dia hecha una negra;
¡pués! porque no hay para qué.
!Si no tuvieras criada....!

RAMONA. Nada, pues la dejaré
que ella sola lo haga todo
como quiera, y vás á ver
que llega Alfredo y se encuentra
la antesala por barrer,
la sala que dá vergüenza,
los visillos sin poner,
el corredor sin alfombra,
tu cuarto con el portier
de todos los dias; en fin,
en una palabra, que
si viera él así la casa
no ponía en ella los piés.

RAMON. Y oye. ¿Quién es ese Alfredo
tan escrupuloso?...

RAMONA. ¿Quién?

Es el novio de la niña.
Pues ¿tú no sabes que ayer
ha escrito diciendo que hoy
llega á Sevilla á las seis?

RAMON. No me has dicho una palabra.

RAMONA. Pues sí señor. Y yá ves,
un muchacho acostumbrado
á asistir á las *soirées*
más brillantes de Sevilla,
que tiene un tio marqués,
y que es por añadidura
hijo de D. Juan Moret,
un riquísimo banquero
que tiene el oro á granel,
un jóven tan elegante
y tan distinguido....

RAMON. ¿Y qué?
¿Qué nos importa á nosotros?
Si él tiene un tio marqués,
en cambio tiene ella un tio
zapatero en Aranjuez,
muy honrado y muy decente.

RAMONA. Eso es salirse yá de....

RAMON. Y si él á *soirées* asiste,
ella asiste á los cafés
cantantes ó á las reuniones
donde nos lleva Manuel,
que después de la comedia
bailan como en la *soirée*.
Y en fin, si tiene él un padre
que se llama Juan Moret
y que es un rico banquero
que tiene el oro á granel,
tambien ella tiene uno
que se llama Ramon Pez,
que es empleado en Hacienda
con treinta duros al mes,
que por cierto, hija, no alcanzan
más que para mal comer.
Y, por último, Ramona,
si, como tú dices, él
pertenece á una familia
que tan distinguida es,
yo, que soy familia de ella,
que no me distingo y que
á pesar de esto en mi casa
mi voluntad siempre haré,
te digo que no consiento
ni nunca consentiré

que mi hija Adela se case
más que con Manuel Porcel,
hijo de mi amigo Juan
el maestro de coches.

RAMONA. ¡Pués!...
¡Casarse con Manolito...!

RAMON. Con Manolito. Eso es.

RAMONA. ¡Calla, no digas tonteras,
marido de Lucifer!
¡Casarla yo con un hombre
que está siempre en el taller
trabajando!... ¡Tan tiznado!...

RAMON. Eso prueba su honradez.

RAMONA. Ramon, eres un mal padre.
Ves las cosas al revés.
Teniendo la proporcion
de casarla con Moret,
prefieres darla á un pobrete
que al fin no pasa de ser
un cualquiera. Que aunque tenga
un pasar, siempre yá ves
la diferencia que hay.
¡Vaya! ¡Qué tiene que ver...!
Con el otro cambiaria
nuestra posicion tambien.
Gastariamos carruajes,
muchos criados, y después
tendriamos mil visitas
de gente de tono.

RAMON. *(Burlándose.)* ¡Pués!...

RAMONA. El conde de las Bellotas,
primo de Alfredo, el marqués
de Casa-blanca.... ó de Casa....
no me acuerdo.... debe ser....
de Casa-roja. ¿No es eso?

RAMON. El color lo mismo es.

RAMONA. Vendrian las de Zapata,
las de Montero, las de....

RAMON. Sí, vamos, ¡las del Demonio,
que te lleve á tí y á él!
¡Valiente vieja más tonta
y más ridícula!... *(Desesperado.)*

RAMONA. ¿Qué?
¿Qué es eso de vieja, infame?
Lo de tonta y de ridícula
pase por primera vez.
Pero ¡vieja...! Díme, mónstruo,
¿llamas vieja á una mujer
que cumplió treinta y seis años

el dia de san Andrés?

RAMON. ¿Treinta y seis años, y tienes
lo ménos sesenta y tres?
Mira, véte yá al infierno,
que tenerme no podré.
No hablas más que disparates
ahí sin cabeza ni pié.
¡Estás chocheando!...

RAMONA. ¡Oh!...
Se concluyó. Sepa usted *(Con resolucion.)*
que á Ramona Valladares,
la nieta del Coronel,
no la últrajó nadie nunca.
Y si por desgracia fué
á Ramon Pez entregada,
fué porque el buen don Miguel
no creyó que ese pez fuera
un pez que salió tan *pez*.
Y en fin, dragon, ó ballena,
ó tiburon, sepa, pues,
que ahora, por la visita
que espero, yá no lo haré,
pero mañana temprano
le aseguro, por mi fé,
que me divorcio. Está dicho.

RAMON. Buen disgusto nos dá usted,
mi señora coronela.

RAMONA. ¡Agur, dragon de Luzbel!...

RAMON. ¡Vaya usted enhorabuena,
culebra de cascabel! *(Váse Ramona.)*

ESCENA III.

RAMON solo.

¡Que se divorcia me dice!
La pobre está que dá lástima.
Piensa que se vá á elevar
nuestra posicion, casándola
con ese chisgaravís
de quien sin descanso habla.
Pero vamos á ver, hombre;
suponiendo que él la amára
y suponiendo tambien
que él pertenezca á esa casa
tan rica, tan distinguida,
segun mi mujer la ensalza,
yo no creo de ningun modo
que su familia dejára
al niño elegir la novia.

No se encuentran yá esas gangas
como la otra se figura.
La verdad aquí está clara.
El mocito será un quidam
de esos que quieren echarla
de Tenorio, que traen siempre
á tres ó cuatro muchachas
entretenidas y luégo
cuentan la calaverada
por todas partes, diciendo:
«Quién, menganita ó fulana?
Si esas creen que me pescan,
amigo, están engañadas.»
Nó, pues lo que es con mi hija
son ellos los que se engañan.
Pero ahora que recuerdo,
no he concluido la batalla
del diez y seis. ¡Qué demonio!
(Volviendo á coger el periódico.)
Con tanto como esa charla
me ha entretenido una hora. *(Leyendo.)*
Las quintas.... No es esta plana.
¿A ver? Batalla del dia
diez y seis. Por la mañana,
á eso de las ocho y media,
vieron nuestras avanzadas....

ESCENA IV.

RAMON, ADELA.

ADELA. Papá, ¿está usted ocupado?
Iba á enseñarle una carta.
RAMON. ¿La carta del rey Guillermo
á su mujer? A ver, tráela.
ADELA. Nó señor. Es un billete
que recibí esta mañana
de Manuel el de los coches.
El hijo de....
RAMON. ¡Sí, yá! Vaya, *(Guarda la carta.)*
¿y qué te dice?
ADELA. Me dice
lo de siempre; que soy guapa,
que me adora, y que teniendo
en esta tarde sin falta
que venir, para tratar
de un asunto de importancia,
de parte de su papá,
con usted, él esperaba
tener ocasion de hablarme

un rato por la ventana.

RAMON. Vamos, y tú, cuando venga,
¿qué piensas hacer?

ADELA. Yó, nada.
¡Si sabe usted que mamá
le ha dado yá su palabra
á Alfredo Moret!

RAMON. Es cierto,
mas no importa que esté dada;
porque si amas tú á Manuel,
yo me encargo en retirarla.

ADELA. ¡Manuel! Psch... no me disgusta;
pero veo la ventaja
que sobre éste tiene el otro.
Este és de familia honrada
y está regular, conforme.
Pero ¿cómo compararla
con la del otro? Su padre,
banquero de mucha fama,
y su tio el de Jerez
que es marqués de Casa-blanca....
Papá, usted comprenderá
que la distancia es muy larga.

RAMON. Pero señor, estas gentes
tienen las cabezas dadas
á componer. ¡Qué tonteras
y qué disparates hablan!...
(Cogiendo el sombrero para salir.)
Ea, quédate con tu madre
y ustedes allá enredarla
con las de éste y las del otro
y la marquesa y con tantas
tonterías que teneis
en la mollera encerradas.
Yo voy al Universal.
Son las seis y media dadas
y debe estar ahí el parte
telegráfico. Caramba,
con la niña y con la madre,
que no hay quien pueda aguantarlas! *(Váse.)*

ESCENA V.

ADELA: después RAMONA.

ADELA. ¡Ay, se pone hecho una furia!
Cuando digo una palabra
sobre mi novio, en seguida
se marcha por no escucharla.

RAMONA. *(Viene con traje de más lujo que el anterior.)*
Niña; ¿sabiendo que es tarde
estás ahí con esa calma?...
¿Qué haces yá que no te peinas
y no te pones la bata?...
ADELA. Mamá, si estoy yá vestida.
RAMONA. Sí; pero no estás peinada.
ADELA. Tambien lo estoy. ¿No lo ves?...
RAMONA. No estás mal. ¿Á ver? Agacha.
(Lo hace y le huele la cabeza.)
¡Qué mal huele! ¿No te has puesto
todavía la pomada?
ADELA. Sí, mamá.
RAMONA. ¿La grasa de oso?
ADELA. Pues está claro.
RAMONA. ¿A ver? *(Vuelve á olerla.)* Nada.
Huele todavía muy poco.
Es menester que te vayas
á tu cuarto y que te pongas
una poca más. ¡Despacha!...
Y una florecita aquí,
á este ladito, con gracia.
Hija, parece mentira
que te dés tan pocas trazas
para estas cosas... ¡Jesus!...
Si tuviera yo tu cara,
te aseguro que en Sevilla
por la más guapa pasaba.
Porque un poco natural
y otro poco que se añada,
¡pués! se puede entusiasmar
hasta al lucero del alba.
Ea, vamos, niña. *(Váse Adela.)*
JUANA. *(Dentro.)* ¡Señora!
RAMONA. ¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Quién me llama?

ESCENA VI.

JUANA: RAMONA, que llega muy agitada.

JUANA. ¡Traigo una buena noticia,
señora!...
RAMONA. ¿Qué traes? Acaba.
JUANA. El señorito ha llegado.
Lo he visto por la ventana
de la cocina. ¡Qué guapo!...
Y trae toda la barba.
Verá usted; iba saliendo
de ahí enfrente, de esa casa

que está junto á la botica
donde está sirviendo Ignacia.

RAMONA. ¡Yá! ¿de la peluquería?

JUANA. Sí señora.

RAMONA. Ea, pues anda
y llama á la señorita.
¡Ah! baja un poco esta enagua
por detrás. *(Lo hace.)*

JUANA. ¿Está yá bien?

RAMONA. Yá está bien. Escucha, Juana.

JUANA. ¿Qué manda usted?

RAMONA. Dále aquí
con el cepillo á la falda.

JUANA. *(Cogiendo el cepillo, que estará sobre la mesa.)*
¿Al largo ó atravesado?

RAMONA. Así. Sigue dando. Basta.
Anda, llama yá á la niña.

JUANA. Voy en seguida á llamarla. *(Váse.)*

ESCENA VII.

RAMONA, mirándose al espejo: luégo ADELA y JUANA.

RAMONA. Me parece que estoy bien.
Vista despacio, mi cara
está todavía muy buena.
No tengo arrugas, ni canas,
ni ninguna de esas cosas
así, que la vejez marcan.
¡Y decia mi marido
que era vieja y chocheaba!...
Vamos, si de recordarlo
solamente, me dán ganas....

ADELA. Mamá, mírame. ¿Está bien?

RAMONA. Así. Ves tú. ¿Y es lunaria?

ADELA. Es un capullo de olor. *(Suena la campanilla.)*

RAMONA. Calla, parece que llaman.
Ese es Alfredo sin duda. *(Á Juana.)*
Abre en seguida, muchacha.
Ea, vamos á recibirlo
á la puerta de la sala. *(Váse Juana.)*

ESCENA VIII.

RAMONA, ADELA: ALFREDO, que viste con elegancia, pero bastante exagerado.—Al entrar dá la mano á las dos.

ALFREDO. ¡Doña Ramona! ¡Adelita!...

RAMONA. ¡Oh, qué tarde habeis venido!

ALFREDO. ¡Si nos hemos detenido
en una estacion maldita!

Segun el anuncio dado
á las seis debí llegar;
mas como hubo de pasar
un percance inesperado....
Nada, fué una tontería.
Una larga detencion
en la tercera estacion.
Nadie el motivo sabía,
y yo por curiosear
de mi coche me bajé
y á unos hombres que encontré
acerquéme á preguntar.
Era, que se detuvieron
porque un tren *exprés* venía
por aquella misma vía
y el choque evitar quisieron.

RAMONA. Pero ¿no se sienta usté?

ALFREDO. Gracias, estoy bien así.

RAMONA. Vamos, siéntese usté aquí. *(Le acerca la butaca)*
Dá fatiga verle en pié. *(Se sienta.)*
¿Es cómoda la butaca?

ADELA. ¿Está usted ahí bien, Alfredo?

ALFREDO. Acostumbrarme no puedo
á estar yá más que en la hamaca.
Desde que estuve en la Habana,
donde el negro me mecia,
en casa estoy todo el dia
desde la hamaca á la cama.

RAMONA. ¡Ay, qué vida, Jesus Santo!...

ADELA. Se vá usté á poner enfermo.

ALFREDO. Pues en seguida me duermo.
Pero yá no la uso tanto.
Cuando fuimos á Marsella,
como allí estaba *amusé*
toujours avec l'écarté,
empecé á cansarme de ella.

RAMONA. Pero ¿ha estado usted en Francia?

ALFREDO. ¿Pues qué, ustedes lo ignoraban?
¿Que desconocia, pensaban,
el mundo de la elegancia?...

RAMONA. Le oimos hablar francés...

ALFREDO. ¿Pues no he de hablarlo, señora,
si estuve en Paris ahora
muy cerca de medio mes?
¡Qué delicioso país!

RAMONA. Allí el hombre se desata....

ALFREDO. ¿Le gusta á usted mi corbata?
Esta la compré en París.

RAMONA. Mira, es de un gusto exquisito.

ADELA. Está tejida de un modo....
ALFREDO. Pues hija, así es allí todo;
bueno, barato y bonito.
Mire usted ese boton....
(Enseñando el del puño de la camisa.)
ADELA. ¡Un busto del rey de Prusia!...
ALFREDO. Legítima piel de Rusia
y costó un napoleon.
(Aparece Ramon en la puerta del foro.)
Pues un abrigo compré
para mi tia la Marquesa,
de una rica tela inglesa.
Cuarenta francos gasté.
¡Es una cosa espantosa!
Lo barato que allí venden,
ustedes no lo comprenden.
¡Si digo que es una cosa...!

ESCENA IX.

DICHOS y RAMON: después JUANA.

RAMON. (Ganas tiene este chorlito
de estar siempre haciendo el oso.)
RAMONA. Alfredo, ahí está mi esposo.
RAMON. Buenas tardes, amiguito.
ALFREDO. Señor, beso á usted la mano. *(Con pedantería.)*
¿Está usted bueno? *(Le dá la mano.)*
RAMON. Tal cual.
Y usted ¿está bien?
ALFREDO. Ni mal,
ni completamente sano.
Como estoy siempre viajando,
tanta variacion de clima
me tiene yá que dá grima.
RAMON. Así se vá usted quedando. *(Con intencion.)*
ALFREDO. Los placeres, perjudican
á la juventud muchísimo,
y como gozo tantísimo
por eso me mortifican.
RAMONA. Trate usted de sujetarse.
(Ramon se sienta aparte, saca un periódico y lee para sí.)
ALFREDO. Si no descanso un momento.
Y como hay tanto elemento,
yá puede usted figurarse.
Tanto amigo calavera
y que tanto se divierten....
Vamos, hija, que pervierten
y seducen á cualquiera.

RAMON. (Señor, me dán intenciones *(Dejando de leer.)*
de agarrarlo por el cuello...)
ALFREDO. Luégo, es un vivir tan bello
y tan lleno de emociones....
RAMONA. Vaya, es menester, Alfredo,
que su locura comprenda.
ADELA. Haz propósito de enmienda
y no seas tan....
ALFREDO. ¡Si no puedo!
RAMONA. ¡Qué demonio de criatura!
ALFREDO. ¡Señora, tengo una sed!
Si me hiciera la merced....
RAMONA. ¡Bah! ¿Quién por eso se apura?
¡Juana, Juana!...
JUANA. *(Saliendo.)* Voy, señora.
RAMONA. Un vaso de agua en seguida.
Que traigas panal.
JUANA. *(Con impaciencia.)* ¡Por vida...!
Si no hay panales ahora.
RAMONA. Verdad que se han concluido
y no tengo un cuarto; pero
voy á pedirle dinero
ahora mismo á mi marido.
Ramon, mira qué apreton:
quiere beber, y el cestillo
no tiene un azucarillo.
¿Qué te parece, Ramon?
RAMON. Ramona, no seas guasona. *(Con mal modo.)*
Si no hay panales, le dás
una poca de aguarrás.
Ea, déjame en paz, Ramona.
RAMONA. Pero hombre, ¿tú no comprendes...?
RAMON. *(Lee.)* La Gaceta de hoy publica... *(Desentendiéndose.)*
ALFREDO. *Je t'aime beaucoup*, significa *(Á Adela.)*
que te quiero mucho. ¿Entiendes?
RAMONA. ¡Oh, qué idea! Espera, Juana.
JUANA. ¿Se ván á comprar?
RAMONA. Nó tal.
Usted no querrá panal. *(Á Alfredo.)*
ALFREDO. ¡Psch! No tengo mucha gana;
mas si lo traen viene bien,
porque estoy acostumbrado.
Como las chicas de Prado
me ofrecen siempre tambien....
En casa de las de Pieles,
siempre que voy á beber,
una fuente han de traer
hasta arriba, de pasteles.
Mi aficion fué siempre poca

á los dulces; pero ¡nada!...
Yá, cuando bebo, me agrada
endulzar ántes la boca.

RAMONA. Pues acá, como á Ramon
esas cosas le disgustan,
aunque á nosotras nos gustan,
se ha perdido la aficion.
Y por más que usted esté...

ALFREDO. Señora, si eso es igual.
La beberé sin panal.
(Á Juana.) Nada, no lo traiga usté. *(Váse Juana.)*

RAMONA. Alfredo, no me acordaba.
Que nos cuente es necesario
su viaje extraordinario,
que yá se nos olvidaba.

ALFREDO. ¿Y de qué voy á contar?...

RAMONA. De Jerez, de donde viene.

ALFREDO. Jerez, para mí, no tiene
nada de particular.

ADELA. Y Cádiz ¿qué le parece?...
Dicen aquí que es hermoso.

ALFREDO. Hija, será muy precioso,
mas mi elogio no merece.
Diréis que es extravagancia
y que de raro me excedo;
mas, visto á París, no puedo
concederle yá importancia.

RAMONA. Pero no hay comparacion.

JUANA. El agua. *(Presentándola á Alfredo en un vaso.)*

ALFREDO. Tráela, chicuela.
¿Gusta usted? ¿Quiere usté, Adela?
(Las dos hacen un movimiento con la cabeza dando las gracias.)
¿Y usted, señor don Ramon?

RAMON. Gracias. (¡Ojalá revientes!..)

RAMONA. ¿Es verdad que está fresquita?

ADELA. Déme usted una poquita.

ALFREDO. Está, que corta los dientes.

ADELA. (Voy á saber tus secretos.) *(Á Alfredo. Bebe.)*

ALFREDO. *(Cogiéndola una mano.)*
Mi secreto es que te quiero
más que á todo el mundo entero.

RAMONA. Vamos, niños, estáos quietos.

RAMON. *(Que ha visto á Alfredo tomar la mano de su hija.)*
(¡Me tiene á mí algo cargado
este dichoso angelito!...)

ALFREDO. Conque hasta otro ratito. *(Levantándose.)*

RAMON. (Acaba de irte, pesado.)

RAMONA. ¿Yá se marcha usted, Alfredo?

ADELA. ¡Ay! Esta es una visita
de médico.
ALFREDO. Señorita,
detenerme más no puedo.
Voy á ver al General,
á la condesa de Trigos
y á unos muchachos amigos
hijos del baron Richal.
RAMON. (¡Si no cabe yá más tonto!...)
ALFREDO. Estoy á los piés de ustedes.
ADELA. Vuelve mañana si puedes.
RAMONA. Sí, Alfredo, vuelva usted pronto.
ALFREDO. Siempre por venir me apuro.
Que siga bien, don Ramon.
Adios, pues.
RAMONA. Adios ¡bribon!
ALFREDO. (Pues señor, triunfo seguro.) *(Váse.)*
RAMON. Se marchó por fin, me alegro. *(Levantándose.)*
Adela, deja á mamá,
que hablarla quiere papá
sobre un asunto muy negro. *(Váse Adela.)*

ESCENA X.

RAMON y RAMONA.

RAMON. ¿Podemos saber qué hacemos?
RAMONA. Podemos.
RAMON. Quiero lo que vás á hacer
saber.
Esa figura tan chusca
¿qué busca? *(Cogiéndola de un brazo.)*
RAMONA. ¡Ay, qué manera tan brusca!
Si el muchacho á casa viene
es que en ello gusto tiene.
RAMON. ¿Podemos saber qué busca?
Como vuelva á casa, espira.
RAMONA. ¡Mira!...
RAMON. Quiero despachar yo pronto
ese tonto.
Todo su lujo y su fama
me escama.
Y más la atencion me llama
ese afan de publicarlo
y de tanto ponderarlo.
Mira, ese tonto me escama.
RAMONA. Nunca extrañé lo que habló
yó.
Puesto que cuanto en él veo
lo creo.

Y es, aunque tenga caudal,
natural.
Por qué te parece mal
no lo alcanzo á comprender;
su modo de proceder
yo lo creo natural.

RAMON. ¡Conque no comprende usté
por qué!
Cuando su mano cogió
le apretó,
y tuvo un ratito ufano
la mano.
Si está su corazon sano
y su intencion es muy buena,
¿me quieres decir, morena,
por qué le apretó la mano?

RAMONA. Si no comprendes del todo
su modo,
si así tú sus etiquetas
interpretas
y ves su tono especial
mal,
no creas le falta moral.
Á mí me gusta muchísimo
porque es un chico buenísimo.
Su modo interpretas mal.

RAMON. No me gusta verlo aquí
á mí.
Y pues que locas estais,
me cargais.
Teneis el juicio al revés
los tres.
Y como tu empeño es
martirizar á tu esposo,
diciendo que es muy gracioso,
á mí me cargais los tres.

RAMONA. ¿Culpas tambien las mujeres?
¡Eres...!

RAMON. Porque de su error no ceja
una vieja,
que es por su testa de roca
loca.

RAMONA. Ramon, tú tienes muy poca....

RAMON. Sí, de decirlo me jacto,
y no creas que me retracto.
Eres una vieja loca.

RAMONA. ¡Conque así mi juicio hallas! *(Furiosa.)*

RAMON. ¡Que te vayas! *(Más enfadado.)*
Tu voz hiriéndome está

yá.

RAMONA. ¡Adios, gruñon sempiterno! *(Váse.)*

RAMON. ¡Al infierno! *(Fuera de sí.)*
Tu furor me importa un cuerno
y tus chocheces un pito.
Y por eso te repito
que te vayas yá al infierno.

ESCENA XI.

RAMON, solo.—Aparenta estar muy satisfecho por su energía.

Tratarla sin compasion
es yá mi resolucion.
Si no dá á torcer su brazo,
se le arrima un latigazo
y se acabó la cuestion.
Tan sólo falta me hacía
una poca de energía,
y en este lance reñido
confieso que yá he tenido
más de la que yo queria.
¿Le habrá quizás lastimado
aquel tiron que la he dado?...
Mas ¿qué importa su clamor
á un hombre de mi valor,
que fué diez años soldado?
Verdad que en mi batallon
era siempre la irrision,
porque de guapo hacía alarde
y luégo era más cobarde
que el tercer Napoleon.
Pero era en tiempos lejanos
este miedo de que hablamos.
¡Ahora los hombres me bebo!
¡Caramba!... Pues si me atrevo
con un escuadron de hulanos.
¡Tengo una facilidad
y cierta serenidad
cuando alguno me acomete...!
¡Pues y tirando al florete,
tengo alguna agilidad!
(Coge el plumero que Ramona dejó ántes sobre una silla y juega al florete.)
¿Veis? La punta de la espada,
segun la regla observada,
siempre á la altura del hombro.
¡En guardia...! ¡Bien...! ¡Si me asombro!
¡Á fondo! ¡Buena estocada!

ESCENA XII.

RAMON: MANUEL, desde la puerta.

MANUEL. (¿Que hace este hombre, señor?)
RAMON. Adios, Manuel. ¿Cómo estás?
MANUEL. Bien. ¿Y usted?
RAMON. *(Ocultando el plumero.)* Así, así.
No estoy más que regular.
¿Y cómo vá la familia?
MANUEL. Todos bien, ménos papá.
RAMON. ¿Pues qué tiene?
MANUEL. Calenturas.
RAMON. ¿Calenturas? ¡Pobre Juan!
MANUEL. Sí. Por eso me mandó
venir esta tarde acá;
porque como usted le dijo
que le tenía que hablar,
y está desde ayer enfermo,
me envia para avisar
á usted, que si quiere hablarle
tiene que llegarse allá.
Mas diga usted, don Ramon,
¿ese plumero...?
RAMON. *(Reparando que aún lo tiene en la mano.)*
¡Es verdad!... *(Disimulando.)*
¿Para qué tendré yo esto
así en la mano?...
MANUEL. ¡Já, já!...
¿Vá usted á limpiar el polvo
á estos muebles?
RAMON. ¿Yó? ¡Nó tal!
Lo cogí maquinalmente.
MANUEL. ¡Pues buena ocurrencia está!
¿Y la niña y la señora?
RAMON. Tan buenas las dos están.
Deben andar por arriba.
Todas las tardes se ván
con Juana á ver las macetas.
MANUEL. (¡Oh, qué suerte más fatal!
Yo que vine expresamente
á verla.)
RAMON. Dime, truhan.
¿Conque tú has escrito á Adela
una cartita? Aquí está. *(Sacándola.)*
MANUEL. Le juro á usted, don Ramon....
RAMON. Hombre ¿para qué jurar?...
¿Tratas tal vez de negármelo?
La tengo aquí. Mírala.

MANUEL. ¡Ah, si usted lo sabe todo!...
RAMON. ¿Y lo querias negar
porque no me incomodára
al enterarme, quizás?
MANUEL. Yó.... francamente.... temia....
RAMON. Pues en temer hacias mal.
Me parece á mí que un padre
no se debe incomodar
porque pretendan á su hija.
Más bien creo natural
que se alegre. Digo, esto,
si la persona que vá
á pretenderla es decente
y digna....
MANUEL. ¡Oh felicidad!
¿Conque usted me considera...?
RAMON. Yo te tengo como tal.
Pero calla, que se acercan
ellas dos.
MANUEL. (¡Qué hermosa está!)

ESCENA XIII.

DICHOS: RAMONA y ADELA.

RAMONA. ¡Hola, Manuel!
ADELA. Buenas tardes.
MANUEL. Muy buenas tardes.
RAMONA. ¿Qué tal?
MANUEL. Bien. Gracias. Para servirlas.
¿Y ustedes buenas están?
RAMONA. *(Con mucha frialdad y volviéndose hácia el foro, como despreciándolo.)*
Estamos bien. Muchas gracias.
MANUEL. (¡Dios mio, qué frialdad!
¡Se ván sin hacerme caso! *(Viéndolas alejarse.)*
¡Oh! ¿Qué puedo yá esperar?...)
(Se sienta, y poniendo el codo sobre el velador, se cubre el rostro con las manos. Ramona baja al proscenio y se dirige á Ramon.)
RAMONA. Dispense usted, Manolito.
MANUEL. ¡Oh! No hay de qué dispensar. *(Levantándose.)*
RAMONA. Ramon, escucha un momento.
¿Me pudieras explicar
el objeto que aquí trae
á ese chico?
RAMON. *(Con mucha gravedad.)* ¡Quite allá!...
Si usted desgraciadamente
perdió yá su dignidad,
sepa, pues, que yo la mia

no la he perdido jamás.
La escena que há poco rato
ha tenido aquí lugar,
me impide que ahora la escuche.
No tengo que decir más.

ESCENA XIV.

DICHOS: ALFREDO.—Adela, que está cerca de la puerta, se sorprende al verlo llegar.

ADELA. ¡Oh!
ALFREDO. Para servir á ustedes.
RAMONA. ¡Hola, Alfredo!
RAMON. (¡Aquí otra vez!)
ALFREDO. Siento mucho molestar;
pero les vengo á traer
una funesta noticia.
RAMONA. Sepamos pronto cuál es.
RAMON. ¿Han perdido los prusianos *(Muy exaltado.)*
la batalla del dia diez?...
ALFREDO. Nó señor. Es otra cosa.
RAMON. ¡Hombre, me ha asustado usted!...
RAMONA. Cuéntenoslo usted sentado.
ALFREDO. Es verdad. Me sentaré. *(Lo hace.)*
He recibido una carta
ahora mismo, de Jerez,
y es mi tio quien me escribe.
Yá sabe usted; el Marqués...
RAMON. (Yá lo estaba yo extrañando.)
ALFREDO. Pues señor: el caso es
que me dice en esa carta
se ha servido disponer
que una hija suya se case
conmigo.
RAMONA. (¿Qué dice?) ¿Qué...? *(Horrorizada.)*
ADELA. (¡Cielos! ¿Qué escucho?)
ALFREDO. Y ustedes
podrán muy bien comprender
que es para mí un compromiso
del cual huir no podré.
Son acuerdos de familia,
y aunque mi gusto no es
ese, mi padre lo ordena
y es preciso obedecer.
Por consiguiente, señora,
le debo advertir á usted,
que aunque nunca á mi palabra
he dejado de ser fiel,
tengo que faltar á ella

hoy por la primera vez.
Casarme le prometí
con Adela, cierto es;
mas, por lo que llevo dicho,
verá que no puede ser.

(Al concluir Alfredo, Adela cae en la butaca desmayada: Manuel y Ramon acuden á sostenerla, volviendo aquella pronto en sí.)

MANUEL. ¡Adela!
RAMON. ¡Hija de mi alma!
¡Juana, una taza de té! *(Muy apurado.)*
RAMONA. ¡Infame! ¡Vil asesino! *(En tono dramático.)*
¿No te horrorizas de ver
á tu víctima?
ALFREDO. ¡Señora!...
RAMONA. ¡Calla!
ALFREDO. Vea que mi honradez
ofende con tal insulto.
RAMONA. Calla, repito, ó tendré,
como aquella desgraciada,
que desmayarme tambien.
¿Pensabas haber burlado
su inocencia y candidez
pretextando un compromiso
de familia? Sabe que
te engañabas ¡miserable!
que aunque soy una mujer,
débil, por tanto, y sencilla,
valor bastante tendré
para ahogarte entre mis manos
ántes que tu triunfo ver.

(Se avanza á Alfredo, y cogiéndolo por el cuello se traba una lucha, que dura hasta que vienen todos á separarlos.)

ALFREDO. ¡Que me ahoga usted, señora!
RAMONA. Eso quiero.
ALFREDO. ¡Suélteme!
RAMONA. ¡Cásate ó mueres, infame! *(Todos la sujetan.)*
RAMON. ¡Ramona, quita! Manuel,
sujétale tú ese brazo.
RAMONA. ¡Que se case! Déjame. *(Furiosa.)*
¡Oh!...

(Cae desmayada y la llevan en brazos á la butaca. Adela vá con ella. Alfredo se arregla la corbata, que le han estropeado en la refriega.)

ALFREDO. ¡Jesus, qué grosería!
¡Estas cosas no se ven
en ningun lugar decente!
RAMON. Si este lugar no lo es

en este instante, consiste
sólo en que está usted en él.
Y mi prudencia agradezca
si ántes yá no le obligué
á salir por esa puerta
por pedante, á puntapiés.
Conque márchese en seguida.

ALFREDO. Don Ramon, repare usted....

RAMON. No quiero reparar nada.
Con reparar harto haré
los trastornos que á mi casa
ha venido usté á traer,
que si hubiera reparado
en repararlo la vez
primera que acá le ví,
como hube debido hacer,
ahora no sería mi casa
una torre de Babel.
Ea, largo de aquí, ¡só necio!

ALFREDO. ¡Tal insulto!

RAMON. Véte, pues.

ALFREDO. ¡Me daréis satisfaccion! *(En tono amenazador.)*

RAMON. Yá yo te satisfaré.

ESCENA XV.

DICHOS, ménos ALFREDO.

RAMONA. *(Levantándose de pronto.)*
¿Le vás á dejar marchar?

RAMON. Sí; y esto debe alegrarte,
puesto que yo voy á darte
otro yerno en su lugar.

RAMONA. Mas tén en cuenta, Ramon,
que yo no entrego mi hija,
si el marido que se elija
no es hombre de posicion.

RAMON. Satisfecho estoy de él,
porque es en extremo honrado.
El yerno que Dios te ha dado
aquí le tienes. *(Presentándoselo.)*

RAMONA. ¿Manuel?

MANUEL. ¿Es posible? ¿Usted.... señora...?

RAMONA. ¡Yo... si Adela...! ¿Tú qué dices?

ADELA. Que serémos muy felices,
pues le amaba ántes de ahora.
El deseo de figurar
confieso que me cegaba
y por eso me inclinaba
al otro sin vacilar.

Y una vez arrepentida
con el castigo de hoy,
les digo á ustedes que estoy
por Manuel yá decidida.

MANUEL. *(Pasando al lado de Adela.)*
Te juro un amor eterno.
Tu voz mis pesares calma.

RAMON. ¿Y tú, pichona del alma, *(Á Ramona.)*
te conformas con tu yerno?

RAMONA. Siempre á todo me acomodo;
mas pedirte un favor quiero
y que me escuches espero.

RAMON. Tambien me acomodo á todo.

RAMONA. Es, que no me digas más
ni siquiera en broma, *vieja.*

RAMON. Tu temor sobre eso aleja:
no te lo diré jamás.
(Dirigiéndose al público.)
Su ambicion desmedida
por fin enfrena,
puesto que el desengaño
yá la escarmienta.
¿Veis esta madre?
Pues así veréis muchas
por todas partes.
Y por si acaso hubiere
presente alguna,
en lo cual, caballeros,
no tengo duda,
yo le aconsejo,
que procure enmendarse
con este ejemplo.

FIN.